

---

---

## Presentación de *Konrad Adenauer. Artífice de una nueva Alemania, impulsor de una Europa unida*, 25.11.2015

“Hoy nos convoca la presentación de una biografía importante. No sólo porque aborda la figura de Konrad Adenauer, un verdadero icono de la política europea. Ni sólo por los valores historiográficos y literarios que Ricardo Martín de la Guardia ha sabido incorporar.

Es importante también porque a través de ella y de su protagonista podemos comprender la atmósfera política y social en la que se fraguó la historia europea de la segunda mitad del siglo XX, que es algo que con frecuencia parecemos olvidar.

Hoy, Europa se encuentra sumida en una de las crisis más graves de su historia reciente. Y como tantas otras veces, el olvido o la manipulación de la historia están en la raíz de la crisis.

El proyecto europeo se concibió y se realizó como un proyecto integral de paz y de seguridad, de libertad y de prosperidad adaptado a la circunstancia del momento, con una visión realista de las amenazas y de las necesidades.

Pero hoy estamos ante una crisis igualmente integral, una crisis de seguridad, de libertad y de prosperidad, que puede afectar a la paz, que afecta ya a las instituciones europeas. Hemos perdido de vista nuestra circunstancia y carecemos de una visión realista de lo que nos amenaza y de lo que necesitamos.

En parte, esa gravedad se debe a que es una crisis que hasta hace poco tiempo ha permanecido encubierta. Y quizás habría seguido estando oculta si no hubiera sido porque hace unos años algunos de sus efectos económicos se hicieron evidentes. Ahora, sin embargo, es también inocultable que la capacidad de Europa de proteger su seguridad y su libertad están seriamente puestas a prueba.

A mi juicio, para comprender bien el origen, la magnitud y las implicaciones de todo esto es necesario adoptar una perspectiva histórica completa. Una perspectiva lo bastante amplia como para que quepan en ella los problemas de fondo, que van más allá de la simplicidad de muchos análisis habituales, que en nada nos ayudan.

Hoy abundan estas visiones fabricadas para dar explicaciones sencillas a problemas complejos de larga trayectoria. Análisis deliberadamente desconectados de la realidad, que buscan generar la buena conciencia y la tranquilidad que da la identificación de los eternos culpables, empezando, naturalmente, por Occidente.

En esa asombrosa forma de autoodio a nuestra civilización, a sus valores y a quienes los hacen suyos, prosperan las expresiones más perversas de cobardía e insolidaridad. Porque, como escribió André Glucksmann, recientemente fallecido, "La civilización es una apuesta. Doble. Contra el que la niega y amenaza con aniquilarla. Y contra sí misma, muy a menudo cómplice de su propia desaparición".

Así pues, creo que lo primero que los europeos necesitamos es ordenar nuestras ideas.

Al terminar la Segunda Guerra Mundial, Europa estableció unas bases firmes sobre las que hacer descansar su seguridad, su libertad y su prosperidad. Esas bases fueron: La Alianza Atlántica, como pilar de la seguridad frente a una amenaza cierta compartida; la democracia liberal y los instrumentos del bienestar como fundamento de la libertad y como consenso social transversal dentro de los Estados, y, finalmente, la Unión Europea como expresión de la voluntad de cooperación pacífica.

Pero esos tres instrumentos se levantaron en unas condiciones muy concretas que debemos recordar y que ya no existen.

En primer lugar, pudo haber un sistema de defensa fuerte porque estaba claro lo que se quería defender y de quién. Entonces eso existía.

En segundo lugar, se pudo consolidar un modelo de democracia liberal asentado y un modelo de bienestar consensuado porque existía vigencia social, vivencia personal o memoria nítida del daño que se produce cuando la democracia se pierde. Y porque se daban las condiciones materiales, culturales y demográficas que se requieren para que los instrumentos del bienestar funcionen. También eso existía.

Finalmente, se pudo avanzar en el proyecto europeo porque hubo liderazgo y visión de largo plazo capaces de armonizar los intereses de cada uno con el interés común de todos. Konrad Adenauer es una de las mejores pruebas de que, para fortuna de Alemania y de toda Europa, eso también existía.

La OTAN, el Estado democrático y social de derecho, y el liderazgo europeo cooperaron a favor de los tres grandes objetivos de Europa: estar seguros, ser libres y prósperos y permanecer unidos y no enfrentados.

Siempre, una y otra vez, la debilidad en uno de esos factores ha producido la debilidad en los otros dos. Y la debilidad atrae el riesgo. La debilidad es provocadora. Esto es lo que la historia nos dice.

Son falsos los dilemas que pretenden forzarnos a elegir entre libertad, seguridad y prosperidad, que hoy se reproducen con gran insistencia. En ocasiones, son incluso pueriles.

No se pierde libertad cuando se actúa con el rigor necesario ante amenazas críticas y agresiones brutales a la seguridad de todos. No habrá riesgo para la libertad mientras las instituciones democráticas y el Estado de derecho cumplan con sus funciones. Y no se puede pretender mantener un modelo de bienestar apacible y generoso tapándose los ojos ante las amenazas que nos afectan directamente.

Dicho de otro modo: nuestro estilo de vida demanda esfuerzos que no son optativos, porque las amenazas no se eligen, simplemente se identifican y se reconocen. Hace tiempo que estamos ante amenazas graves. Hoy ya casi nadie lo duda. Y no podemos quedarnos de brazos cruzados.

La relación entre la seguridad, la libertad y la prosperidad no es conflictiva, sino sinérgica. Lo que no quiere decir que la formulación de las políticas concretas de seguridad, de libertad y de bienestar que necesitamos sea fácil o evidente. No lo es.

Pero desde luego lo que no sirve para asegurar la libertad es no estar dispuestos a pagar el precio de la seguridad; lo que no sirve a la seguridad es no estar dispuestos a preservar la libertad; y lo que no ayuda al bienestar es desentenderse de la libertad y de la seguridad.

Juntas y a pleno rendimiento estas tres cosas no componen un espacio social caótico. Muy al contrario, componen un Estado democrático, liberal y desarrollado, un Estado respetado y fiable.

Es decir, componen la mejor versión de la única verdadera civilización: aquella en la que existe libertad de pensamiento y de expresión, libertad de movimientos, libertad para profesar o no un credo.

Aquella en la que todos los seres humanos, varones o mujeres, son tratados con la dignidad que merecen. Aquella en la que los niños son educados para la cultura y para la vida libre, y no para convertirse en instrumentos o víctimas del fanatismo, la destrucción y la muerte.

Hay formas de vida peores que otras. O, si lo prefieren porque la formulación resulta menos enfática, hay formas de vida mejores que otras. Dentro y fuera de nuestras sociedades. Dentro y fuera de nuestra propia historia. Dentro y fuera de nuestras ciudades y de nuestros barrios.

Y el mismo esfuerzo de superación que hemos de hacer dentro, debemos exigirlo también fuera. Porque es evidente que las fronteras ya no son efectivas en muchas ocasiones y que este tipo de distinciones se vuelven cada día más borrosas.

Konrad Adenauer se negó a transigir con los principios de la vida civil. Se negó a canjear libertad por seguridad, o seguridad por prosperidad.

Sabía -y tenía toda la razón- que ese es un canje siempre perdedor para quien lo acepta. Una nueva Alemania, con Estado de derecho y libertad; una Europa Unida, con voluntad de concordia; y un Occidente dispuesto a defender su modo de vida frente a las amenazas, resultaron ser un programa político coherente, integrado, razonable y finalmente exitoso. Y no habría podido ser de otro modo. Hoy, tampoco.

La experiencia de la Europa de entreguerras y su trágico desenlace constituyó una enseñanza decisiva sobre la que se pudo construir un largo período de seguridad, de libertad y de progreso económico y social. Una experiencia que debemos hacer nuestra, sobre la que se asentó la acertada convicción de que esos logros son el fruto del esfuerzo de las sociedades que trabajan para conseguirlos y para mantenerlos.

Han ganado demasiado terreno quienes ven el mundo, y quienes hacen política, desde la errónea creencia de que la libertad, la seguridad y el progreso son bienes naturales que se pueden exigir a cambio de nada. No es así.

Esto significa que tenemos que hacer que Europa despierte de la ilusión de que las sociedades tienen garantizado mecánicamente el ir a mejor sin que nadie haga nada para mejorarlas y sin reformas para adaptarse a las nuevas circunstancias, empezando por las demográficas. Y hablo de demografía entendida no sólo como números.

Significa hacer que Europa despierte de la ilusión del ‘buenismo’, es decir, de que no existen amenazas reales a la seguridad más allá de las que los propios Gobiernos occidentales se inventan con no se sabe bien qué oscuras intenciones.

No podemos seguir viviendo en un estado de conocimiento inútil. Tenemos enemigos concretos. Y no los hemos fabricado. Enemigos de la libertad, de la tolerancia, de la razón. No son el resultado de un déficit de diálogo o de comprensión. Tal vez sean el producto de su propio fracaso cultural, o “perdedores radicales”, según la conocida expresión de Hans Magnus Enzensberger. Pero su fuerza viene de su fanatismo y de su odio, del desprecio a la vida, comenzando por la suya y siguiendo por la de los propios musulmanes.

No responden a un por qué sino a un para qué. Y ese para qué es acabar violentamente con todo lo que nos define, incluida la práctica pacífica y libre del islam dentro de nuestros países amparada por nuestra libertad religiosa.

Tenemos ante nosotros, europeos y españoles, dilemas estratégicos, militares y políticos cruciales. Nada es fácil. Pero es necesario elegir. Y todos tendrán -y tendremos- que definir las opciones. Elegir de entre las distintas formas de abordar nuestros problemas que se proponen a la sociedad. En un sentido o en otro. Y lo mejor para hacerlo con sentido, es proceder lo antes posible, a un rearme moral urgente, como he reclamado ya.

Es difícil saber cuándo comenzó Europa a perder las bases sobre las que se asentaba el proyecto continental, ahora tan debilitado. Pero hay algunas cosas que sí sabemos y que tenemos que recordar, especialmente al evocar la figura de Konrad Adenauer.

De todos los factores que han influido en el mal momento europeo, creo que el más importante es el debilitamiento del vínculo atlántico. Porque sobre él se cimentó la reconstrucción de los Estados europeos después de la guerra y sobre él descansó la posibilidad de nuestro modelo social, beneficiario de una seguridad que principalmente pagaban y ejercían otros en nuestro lugar.

Esto está ahora en cuestión y quizás no esté evolucionando en el sentido que más nos puede convenir.

Restaurar el vínculo atlántico es pues esencial para restaurar nuestra propia fortaleza, para recordarnos lo que somos y por qué, y para mantener nuestros mejores valores.

Estos retos concretos deben inscribirse en un esfuerzo colectivo real asentado sobre la mejor tradición cultural europea, que en ocasiones demanda esfuerzos y sacrificios.

Las viejas categorías de comprensión del mundo ya no son suficientes. Ocurren muchas cosas y ocurren muy deprisa. Todos, desde nuestra particular posición, debemos contribuir a que el difícil proceso de adaptar el gran proyecto europeo al complejo escenario del siglo XXI sea lo menos traumático y lo más rápido posible.

Disponemos para ello de un gran ejemplo en la figura de Konrad Adenauer. Un ejemplo de compromiso con la libertad, con la prosperidad y con la seguridad de Alemania, de Europa y de Occidente”.